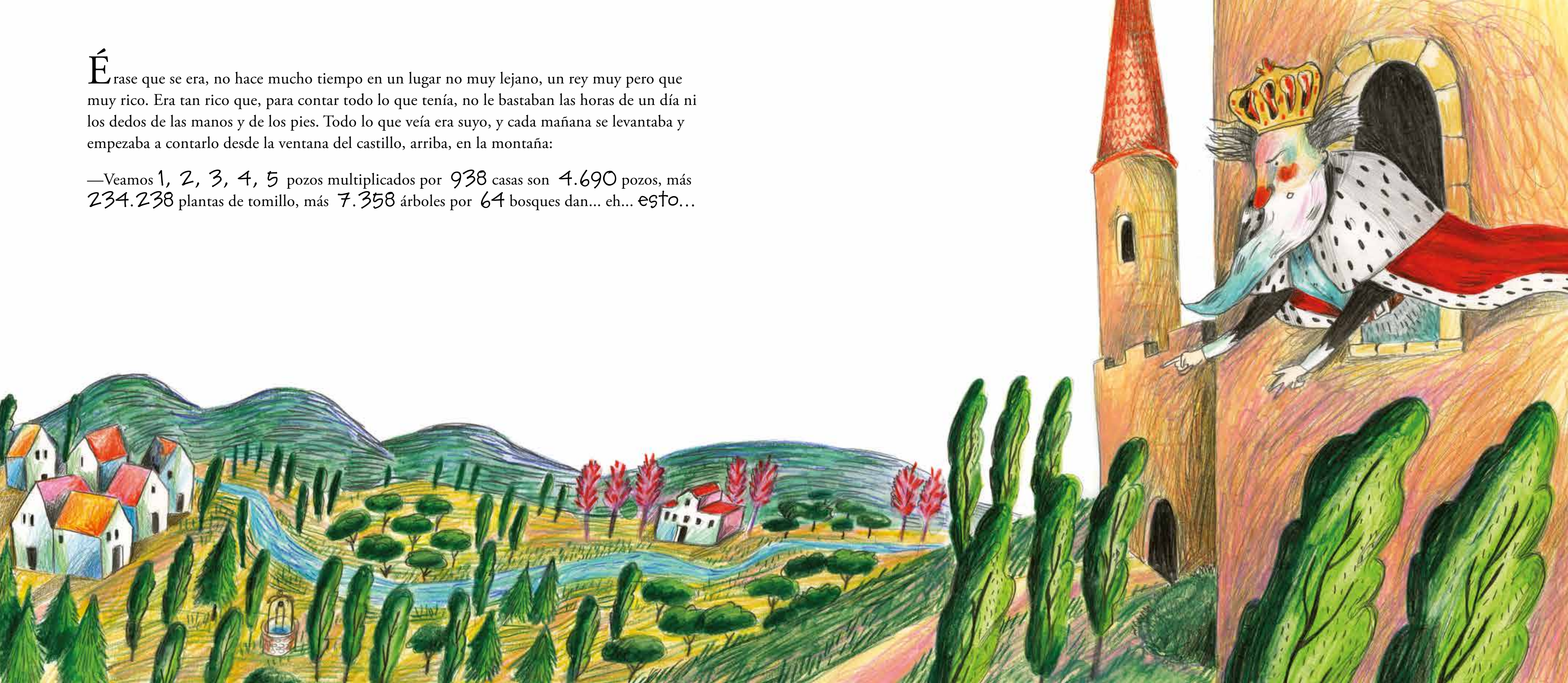


Érase que se era, no hace mucho tiempo en un lugar no muy lejano, un rey muy pero que muy rico. Era tan rico que, para contar todo lo que tenía, no le bastaban las horas de un día ni los dedos de las manos y de los pies. Todo lo que veía era suyo, y cada mañana se levantaba y empezaba a contarlo desde la ventana del castillo, arriba, en la montaña:

—Veamos 1, 2, 3, 4, 5 pozos multiplicados por 938 casas son 4.690 pozos, más 234.238 plantas de tomillo, más 7.358 árboles por 64 bosques dan... eh... esto...







Hacía una lista larguísima, y finalmente calculaba el peso con una balanza y su precio.

—Así que 4.690 pozos a 40 doblones cada uno son 187.600 doblones; si una casa vale 410 doblones, 938 casas son 384.580 doblones; 234.238 plantas de tomillo que pesan en total 4.680 kilos, a medio doblón los 10 kilos, serían... ¿234 doblones? Y entonces... ¿A cuánto debe ir el kilo de madera? Porque con 7.358 árboles por bosque...





El rey se dio cuenta de que él solo no podía contar, pesar y poner precio a todas sus posesiones. Decidió pedir ayuda a su consejero, el cual le recomendó una calculadora.

La calculadora era un aparato muy grande para que cupieran muchos números; y así el rey se podría pasar el día contando sin más problemas. Estaba tan contento con ese aparato que lo utilizaba incluso como cojín para dormir. Decía que era el mejor invento del mundo.

